

La Sra. Plumón

Leila Bluuue



Capítulo 1

Durante varios días, la playa estuvo desierta. El agua se había marchado. Los habitantes del pueblo ya ni siquiera se molestaron en volver la mirada hacia ella. Caminaban con los ojos clavados en el suelo, lamentando por un momento los gritos de las gaviotas.

Pero, si había una persona que no había cambiado sus costumbres, ese era la Vieja Plumón.

Y por una buena razón: estaba tan encorvada que solo podía ver la punta de sus pies. Podía ver los detalles del asfalto, guijarros, hierba y arena. Iba algo así como patinando con sus pequeños pies, reconociendo a la gente por sus zapatos. Para los mocasines marrones, un "¡Hola, alcalde!" #sandalias, talla 38, hhahh, con solo verlas puedo conocer el número que usa", "¡ite estoy mirando, pequeño!", "Ayy de tí: pies desnudos, sucios, peludos, hha", "suelta la bebida, gusano", "¡Ella tendrá tu perfume, deja de engañar a tu mujer!"

La Vieja Plumón era la mujer más vieja de la aldea, y era natural que le hubieran dado el título de bruja. Tenía un gato blanco que la acompañaba. Tomando su título muy en serio, murmuraba cosas en un lenguaje de su propia invención y la gente retrocedía en su camino.

Incluso el doctor Humus tenía reservas sobre la verdadera naturaleza de Plumón, aunque como buen científico nunca usó el término "bruja". Mientras hacía su paseo matutino por la playa, se encontró con mocasines marrones:

- ¡Hola, alcalde!

Iba a sortear al alcalde para continuar su caminata, cuando sucedió algo inesperado: el alcalde se tomó la molestia de contestarle:

- ¡Hola, Sra Plumón! ¿Podría darme unos minutos de su precioso tiempo?

Plumón, al ver moverse frenéticamente los cordones de los mocasines, comprendió que el alcalde estaba temblando. Ella preguntó:

- Tiempo ?

- Si. Hmm ... ciertamente no ignoras las dificultades que atraviesan nuestro pueblo ...

- ¿Dificultades?

- Si. Hmm... ¡La playa, Sra Plumón! La playa !

- ¿La playa?

Giró un poco y, viendo la arena fina, dijo:

- La playa está aquí, alcalde.
- Si. Hmm ... pero está desierta.
- ¿Desierta?
- Si. Entonces nosotros ... pensé que con tus ... habilidades, podrías ayudar al pueblo.

Plumón se volvió hacia los mocasines, que pisaban nerviosos.

- ¿Empoderada yo insinúa?
- Digamos, por sus poderes.

Plumón rodeó al alcalde, patinó en silencio y se alejó preguntando:

- ¿Qué poderes?

La mañana iba pasando y ya el calor era pesado. Plumón estaba plantado en medio de la playa, sus ojos clavados en la cálida arena. Ella detalló cada grano, notando que todos tenían una forma diferente.

Pasó la mañana nombrándolos uno por uno. Luego su tarde charlando con los pies, una vez más tratando de reconciliarlos: eran de lados políticos opuestos.

Finalmente, el sol se puso con majestuosa lentitud, pero de eso, Plumón, solo pudo ver una gradación que sus nuevos amigos adornaron los granos de arena, para su deleite. Era el turno del cielo para iluminar la playa con guiños estrellados. Plumón, todavía vestida de negro, se fundió gradualmente en la oscuridad de la noche.

Abrió las fosas nasales durante mucho tiempo y respiró aire, captando un viento salado insignificante. Murmuró unas pocas palabras extrañas a las que respondió el viento, soplando más fuerte, hasta que su chal se fue volando.

Así que Plumón se enderezó por primera vez en ciento nueve años. Su bulto había huido con su chal. Bien, podía mirar el horizonte con satisfacción.

Al día siguiente, todos los aldeanos miraron hacia la playa. Ésta ya no era un desierto. No! El océano había regresado. Las gaviotas revoloteaban en el aire felices.

Los habitantes corrieron luego hacia las olas, los pescadores se apresuraron a tomar sus baldes, los niños fueron a erigir castillos fortificados capaces de soportar mareas altas, las abuelas se armaron con tumbonas y toallas, los padres de protectores solares y neveras . . . el salvavidas con su silbato y gafas de sol.

El pequeño recogió un chal negro de la playa. Lo dobló y lo puso en un banco, antes de darse una vuelta por algunas tonterías ingeniosas.

Nadie volvió a ver a la vieja Plumón. Ni a su gato blanco. Nadie la recordaría en un par de años.

Pero todos recordaría, oh sí, y durante mucho tiempo, el día en que el océano regresó al pueblo.